



EL CANTO
DE LAS REINAS VÍRGENES

Roberto Sánchez Nieto

EL CANTO
DE LAS REINAS VÍRGENES



Primera edición: marzo de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Roberto Sánchez Nieto

ISBN: 979-13-88195-34-1

ISBN digital: 979-13-88195-35-8

Depósito legal: M-8142-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi abuelo Pepe

Solo la criatura que sepa escribir evitará la universal corrupción,
el Tiempo de él solo conservará las palabras que escribió.

Las mil y una noches

Introducción:

Sucedió por pura casualidad. En un rincón de Marruecos, aquellos mundos que dormían olvidados bajo el peso de los siglos parecían estar aguardando a algún incauto. Y, por lo visto, tal incauto era yo.

Aquella mañana en Fez, entre un batiburrillo, polvoriento y rociado de moscas en plena cópula, me dejaba llevar disperso mientras que alguno de mis amigos fisgaba los recovecos del zoco.

Andaba yo absorto en los aparejos de los borricos y en cómo estos se espantaban las moscas cuando Nico asomó y me dijo:

—¡Rober, viste el chiringo de los libros antiguos?

—¿Cuál chiringo...? No, la verdad es que no.

—Vente p'acá, que solo por verlo merece la pena.

En efecto, aquel comercio era algo anacrónico, poco menos que medieval, en perfecta consonancia con el dependiente que lo atendía, casi tan apergaminado como los ejemplares que apilaba en torres perfectamente alineadas por tamaños. Reconozco que aquel rincón me cautivó de inmediato.

—¿El *caballero* busca algo...? —me preguntó aquel anciano, diría que parido por las mismas dunas del desierto.

Dudé unos instantes y, de forma espontánea, y tal vez algo engreída, sentencí:

—Es que yo... buscaba algo auténtico.

—Mmm... Mí entender... —respondió, gesticuló un enigma burlón y se perdió entre aquel laberinto de papel que parecía sofocar el bullicio con la rotundidad de un cementerio.

Por fin, regresó con un grueso tomo que, dada mi afección por lo arcaico, debió hechizarme de mala forma, a juzgar por la sonrisita que para sí articuló el dependiente.

Aquel hombre sabía contar una buena historia. Sin llegar, eso sí, a clarificar en absoluto a qué estrato de abuelo de abuelos llegó a remontarse el hombrecillo para contextualizar su relato, lo que sí llegué casi a percibir fue el hedor mohoso de aquellos brazos que por más de medio siglo se aferraron con fuerza al manuscrito que yo, ahora, tenía ante mí. Y es que, según contó, algún tatarabuelo suyo, ya entusiasta de los viejos libros, había trabajado como sepulturero a comienzos del siglo xx en un cementerio de Londres, cuyo nombre no supo o no quiso precisar. Y removiendo tumbas olvidadas para nutrir el osario y dejar hueco a los londinenses por venir, afloró la momia de un tal Charles W. Cromwell, aferrada, como dije, al mencionado manuscrito. Mejor no entraré en detalles de cómo el tatarabuelo del dependiente logró recuperar aquel texto íntegro, aunque sí precisaré que, sobre el cuero tosco y raído de la cubierta, algo, que bien podría ser una uña del tal Charles W. Cromwell, aún resaltaba hincado en la portada del manuscrito, como testimonio quizá de la renuencia del autor a desperdigar los secretos contenidos entre aquellas letras.

—Rober, si no pillas tú este libro, ¡yo... lo pillo! —susurró mi amigo Nico, poco antes de concluir la narración del dependiente.

Años después, logré birlarle a la tinta trabada en hojas casi de ceniza esta crónica de la que no me considero más que un muy precario transcriptor.

El que suscribe la presente obra: Roberto Sánchez Nieto.

EL CANTO DE LAS REINAS VÍRGENES

Advertencia al lector:

Sepa aquel que estas líneas hoy lea que, quien quiera que sea y donde quiera que esté, desde este momento, en cómplice se convierte de la profanación flagrante de una tumba. Lea pues, si es que ni siquiera tal advertencia hace mella en su afán, pero sepa bien que orden déje escrita a mi albacea, con las prescriptivas garantías judiciales, de que, tras tanto desvelo y quebradero de cabeza, una vez muerto yo, estas páginas no vean más la luz y en mis brazos descansen, hasta reducirse en las entrañas de mi féretro al polvo de la eternidad.

Mis razones de peso tengo para tomar tal decisión, y solo ruego al cielo que, si es que algún desaprensivo llegare a mancillar las últimas voluntades de este pobre difunto, tenga el aludido al menos la decencia y el buen juicio de guardar para sí cuanto en estas páginas encuentre.

Y visto que mis letras, obstinado lector, no le pesan lo bastante y esperanzado en que aún reserve usted algún atisbo de moral al que apelar, quiero trasladarle, como última exhortación, otras letras, terminantes como la lápida en que reposan, y que son y serán, junto con otros tantos de miles, legado perpetuo de nuestro glorioso Shakespeare:

«Buen amigo, por Jesús, abstente de cavar el polvo aquí encerrado. Bendito sea el hombre que respete estas piedras y maldito el que remueva mis huesos».

Londres, a 22 de diciembre del año de Gracia de 1869

Mr. Charles W. Cromwell

Antecedentes:

No deja de ser curioso y ciertamente descorazonador lo poco o nada que llegamos a conocer de nuestros ancestros. A menudo, ni siquiera conservamos una vaga imagen de los abuelos más recientes. Y, no obstante, con el discurrir del tiempo, la curiosidad y las preguntas nos asaltan, justo cuando ya no tenemos a quién destinarlas.

Durante años, el abuelo Theodore flotó en mis pesadillas como aquel anciano encorvado y consumido que, con frecuencia, presa de abruptos golpes de ira, sorprendía y regañaba a los nietos para inmediatamente después, de un portazo atronador, volver a encerrarse en su misteriosa biblioteca. Recuerdo cómo entonces nuestra abuela acudía al rescate y nos reunía bajo sus brazos para alejarnos de la tormenta. Primos y hermanos compartíamos después, con gran regocijo, la sensación de sentirnos pollitos, y hasta piábamos ruidosamente bajo los «¡sssh!» enérgicos y las risas sofocadas de la abuela —eso sí, una vez franqueado el umbral de la cocina—, a salvo bajo las alas cálidas de nuestra gran gallina.

El día en que mi abuelo murió lloré, pero, aunque me avergüence admitirlo, no lloré por él; lloré ante el desconsuelo de mi abuela.

El abuelo Theodore parecía sufrir una manía obsesiva. No olvidaré jamás la expresión de terror con que mi abuelo dejó este mundo. Y menos aún, aquella mirada fría y delirante, clavada, como una flecha, en su dichosa escribanía.

Mi abuelo había trabajado toda su vida en la Compañía de las Indias Orientales. Y, en sus múltiples viajes, jamás se había separa-

do de su venerado escritorio. La abuela solía contarnos, con mucha gracia, cómo el abuelo regañaba y hasta blandía su bastón a cuantos osaban tocar la escribanía.

Cada vez que tenía que embalar su escritorio para coger un barco se montaba un gran revuelo en la casa, antes, durante y después de la partida. El abuelo profesaba un amor casi enfermizo por aquel mueble, y, según la abuela, en los días previos a su muerte, la obsesión empeoró hasta el desvarío. En su lecho de muerte, el abuelo rogó que emplazaran la escribanía en su alcoba, y hasta le hizo prometer a mi abuela que enterrarían con él aquel escritorio.

Yo nunca comprendí del todo aquella fijación por un mueble, cómo decirlo... sombrío. Era aquel un artefacto considerable, al estilo de los bargueños españoles, pero bastante más voluminoso y señorial. Un buen día, reuní el valor para preguntarle al abuelo el porqué de ese cariño hacia una cosa inanimada. El abuelo respondió lacónico:

—Esta cosa, como tú la llamas, es un escritorio que perteneció nada menos que a un gran rey de las Américas del Norte.

Confundido, me limité a pensar que era la primera noticia que tenía de que en América hubiesen existido reyes o cosa parecida, pero, por prudencia, preferí reservarme tal observación.

—¡¡¡Powhatan!!! —rubricó el abuelo, y yo pegué un brinco.

Por entonces, aquel chillido me pareció una voz hueca, carente de sentido, sencillamente interpreté que, sin pretenderlo, con mis preguntas impertinentes había conseguido una vez más sublevar al abuelo.

Mi abuela, que siempre vio aquella escribanía con malos ojos, percibiéndola como una competidora disparatada, decidió, cabalmente, arrinconarla en la biblioteca y allí quedó, bajo llave, durante muchos, muchos años.

Murió mi abuela y la casa quedó clausurada. Nadie quiso ya volver a la residencia de los abuelos, y, con el transcurso del tiempo, aquella mansión se fue viniendo abajo.

Un buen día, preso de la nostalgia, me decidí a visitar, después de largos años, aquella casa solariega.

El reencuentro con mi infancia hizo mella en mi estado anímico. Nunca habría imaginado tamaño deterioro. Los pájaros, desconsideradamente, hacían sus nidos en las habitaciones, defecando sobre las tazas de té de la abuela. Enredaderas y zarzas colonizaban los ventanales, diseminadas por paredes y cortinas astrosas, y, en la sacrosanta biblioteca del abuelo Theodore, los ratones habían reducido la inmensa mayoría de los volúmenes a miguitas de papel. Sin embargo, la escribanía permanecía allí, en medio de todo aquel desbarajuste, incólume, como aguardando el momento del indulto.

Toda vez que si algo había siempre caracterizado a la escribanía del abuelo Theodore era aquel silencio opaco que la acompañaba allá donde estuviera. Un silencio que inclinaba a la expectación, como si, de un momento a otro, algo o alguien pretendiera arrancarse a contar una larga historia.

De algún modo, aquel mueble despertaba en mí encontrados sentimientos de amor-odio. Y tal vez por ello, más que por su buen estado de conservación, me decidí a rescatarlo del olvido, e inmediatamente di orden de que se trasladase a mi domicilio.

Mi sorpresa fue mayúscula al descubrir que aquel mueble que parecía inalterable, capaz de atravesar sin menoscabo océanos y siglos, se había quebrado en el traslado como un cascarón, y, en efecto, comenzó a hablar. Un asombroso volumen de legajos dio en brotar como un reguero de sangre de las entrañas de la escribanía del abuelo Theodore. Aquel acopio de escritos cambió mi vida para siempre y me ayudó a dilucidar el humor errático y taciturno de mi abuelo.

Por desgracia, poco o nada debí aprender en mi infancia del buen juicio del abuelo Theodore pues, presa de un entusiasmo pueril, decidí, al cabo de los años, contrastar con algunos versados el contenido inédito de todos estos manuscritos.

¡En mala hora tomé tal decisión! ¿Quién habría imaginado que tras la flema encopetada de aquellos académicos se ocultaba un vulgar corrillo de lenguaraces? Por fortuna, un buen amigo llegó a advertirme a tiempo de los rumores que hasta él habían llegado y

del terrible revuelo ocasionado en las altas esferas. Así, pues, resolví cuidarme de mostrar los documentos e incluso llegué a sembrar la duda de su verdadera existencia, aun a riesgo de infamar mi honorabilidad, y todo por salvaguardar el buen nombre de mi familia y la diplomacia de la Corona Británica.

Desafortunadamente, el daño ya estaba hecho, y a esos campesinos americanos de Palfrey y Adams les faltó tiempo para cruzar el Atlántico con las hablillas bajo el brazo y entregarse, de inmediato y desde ese pecio a la deriva denominado los Estados Unidos de América, al menoscabo de las gestas alcanzadas por nuestro héroe nacional: el capitán John Smith.

Pero basta de esto. Solo quiero añadir, así me salve Dios, y por mi honor, que lo que aquí reflejo es verdadero, y que cuanto a continuación ofrezco en las subsiguientes páginas obedece, en sustancia, a la fiel transcripción de los manuscritos originales hallados en la escribanía familiar a recaudo de quien firma la presente: Charles W. Cromwell.

La autoría de la primera compilación de manuscritos, que presento a renglón seguido, pertenece al londinense Philip Johnson, nacido, según sus propias memorias, en el año de Gracia de 1591.

Las memorias de Philip Johnson

I

«El gusano roe con sobrada frecuencia las hojas de la primavera, aun antes de entreabrirse sus capullos, y en la aurora y en el fresco rocío de la juventud es cuando más amenazan los hábitos pestilentes».

Tanta calma no podía traer nada bueno. Aquella noche, Harry Bridgetown, Little Thomas y yo, Philip Johnson, contemplábamos, muy callados, las barbas alquitranadas del conde de Essex.

Como tantas otras noches, habíamos trepado hasta alcanzar el tejado contiguo a la torre del puente. Esta cabeza sí que era grande; había sido ensartada en una de las picas más visibles, y quedaba bien a la mano de nuestro tejado de correrías. Un farol, con una vela encendida, pendía junto a la cabeza del conde y minúsculos copos de nieve flotaban alrededor del alquitrán que ensombrecía el rostro muerto del señor de Essex. Era un febrero inusualmente frío y mis amigos y yo nos apiñábamos temblorosos bajo una manta de lana raída. Los destellos de la vela arrancaban muecas de dolor a aquella boca abierta y llena de dientes, allá, en lo más alto de la atalaya.

—¿Qué haces? —pregunté alarmado a Harry.

Harry había cogido un trozo de teja y la lanzaba de su mano al aire una y otra vez mientras nos obsequiaba con su sonrisita de anticipar tormentas.

—¿Qué apostáis a que de la primera pedrada le salto tres dientes al condecito? —respondió Harry. Después, borró su sonrisa desdentada y fijó la vista en la cabeza prendida en la pica.

—¡Por lo que más quieras! ¡Vas a conseguir que nos maten a todos! —Little Thomas ahogaba, apenas, sus ganas de gritar.

La cabeza de aquel *monsieur Basimecu* entrado en años todavía conservaba más dientes que los trece inviernos de la boca de Harry. Así que no me sorprendí demasiado cuando vi su proyectil en vuelo directo al cabezón del conde de Essex.

Fue un golpe seco, como el que podría recibir un tronco muerto, y luego nada. Callamos un buen rato. El rumor del Támesis parecía rugir más fuerte a nuestras espaldas. Hedía por ráfagas, hasta que Harry y yo, a un tiempo, miramos a Little Thomas: se había meado encima. Un ataque de risas sofocadas nos contagió enseguida.

—¿Quién va? —gritó un centinela desde las almenas.

Sin duda, el centinela estaba más borracho que nosotros. Lanzó un juramento ininteligible y al poco se volcó torre adentro.

—¿Qué os dije? ¡Por lo menos le he saltado tres dientes al conde! —dijo Harry.

—¡Lo que casi consigues es que nos asaetee el centinela! —replicó Little Thomas, colorado y rabioso.

—¿Ese? —dijo Harry con desprecio—. ¡No le acertaría a una vaca borracha a tres pies!

—¿A tres pies, él o la vaca? —añadí yo.

Dos ratas que se perseguían sobre el tejado, por evitarnos, se enzarzaron y cayeron rodando hasta la calle, dejando a su paso, entre las tejas, un senderillo de nieve aplastada.

—A ver, *sir* gracioso, prueba tu suerte, si tienes cojones, claro... —me desafió Harry mientras depositaba otro pedazo de teja sobre la palma de mi diestra.

—¡Joder, Harry, como sigamos así, me da que alguien va a tener goteras esta noche! ¿Eh, Tiny Tommy? —dije yo guiñando un ojo a Little Thomas.

—¡Por mí os podéis los dos ir a la mierda! ¡Yo me bajo! —dijo Little Thomas, y destrepó por la trasera de la casa.

Algo me decía que no debía lanzar aquella teja, pero, lamentablemente, la cerveza floja que llevaba encima me había entumecido el entendimiento. Harry me ofreció otro trago y yo lo rechacé sin apartar la vista de aquella cabeza negra y barbuda.

—¡Eh, belitres! ¡Mirad! ¡Mirad! —El hideputa de Little Thomas ya estaba abajo, en la embocadura del puente. Sostenía algo entre los dedos—. ¡Un diente, chicos, un diente! ¡Del conde de Essex!

Little Thomas soltó una risotada, se arrodilló en la calle y comenzó a palpar la nieve con impaciencia. Jadeaba sin parar de sorberse los mocos. Harry y yo, desde el tejado, contemplábamos cómo los copos se cebaban, como un enjambre, con aquel borrón que el cuerpo de Little Thomas estampaba a los pies de la torre.

—¡Por las barbas de Essex! ¿Eres un Jack o un Juan Lanas? Si no tienes huevos para acabar de saltarle los dientes a ese espantajo, pásame el pedrusco —dijo Harry mientras regresaba a gatas hasta el hastial del tejado, y yo lo seguía.

Tragué saliva y apunté.

—Uno... Uno... —la voz de Little Thomas, en la calle desierta, sonaba a catedral.

Harry lanzaba espesas bocanadas de vaho contra mí. Él me miraba fijamente, y yo lo observaba por el rabillo del ojo, tal y como imaginaba que el conde de Essex, desde la torre, me estaba observando a mí.

—¡¡Dos!! ¡Chicos, dos! Dos y...

Solo quería acabar con aquella baladronada de una maldita vez, pero temía errar el tiro, romper los cristales del farol y desatar las iras de los centinelas.

—¡¡¡Tres!!!

Un estallido acre en mis narices, aquella tremenda patada en las costillas y el fogonazo. La explosión de la pólvora ni llegué a oírla. El último recuerdo que aún conservo de aquel tejado es el blanco abominable que lo engulló todo, empezando por mí. Cuando recuperé la consciencia, ya estaba en la chalupa: flotábamos por el Támesis. En cuanto a mi trozo de teja, si he de dar crédito a Harry, quedó atascado en las fauces del conde.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—La mierda del Támesis por tus narices —respondió Little Thomas.

El vaivén de la chalupa, chapoteos de cerveza floja en mi estómago, la peste del río, y aquel ardor penetrante que me impulsó a palparme la diestra: vomité por la borda.

—Mmm..., te desalbardaste a gusto. ¡Mojiganga de pescaditos! —Reía Little Thomas.

—¡Shhh! ¡Callarse! —ordenó Harry—. Los centinelas podrían oírnos desde la orilla.

—¿Y qué si nos oyen? ¡Como que se van a mojar las calzas...! —susurró Little Thomas.

No sé muy bien qué me envalentonó a hacerlo. Supongo que fue la rabia por el dolor que atormentaba mi mano. Lo cierto es que, en mala hora, levanté mi diestra maltrecha y como pude les hice la figa a los centinelas. Una ballesta me atravesó la palma de parte a parte.

Debí de romperme la mano en mi caída, la misma mano que apedreó la cabeza muerta del conde de Essex, la misma maldita mano que, además, haría un blanco perfecto para la ballesta de un centinela borracho, y en la más completa oscuridad.

Poco a poco, el fragor del Támesis fue sepultando el ladrido enloquecido del perrerío de los centinelas. Estuvimos dando bordos durante horas, luchábamos por impedir que la corriente nos lanzase a los ojos del puente y, a su través, hasta la Torre de Londres. Harry y Little Thomas remaban como galeotes mientras trataban de suavizar mi calvario relatándome lo sucedido. Entre jadeos, me

representaron cómo un centinela desde la tronera más cercana del puente disparaba su arcabuz justo cuando Harry, al olor de la mecha, me sacudía un patadón que me salvó la vida, y yo rodaba como un fardo por el tejado hasta la calle. Por fortuna, un montón de estiércol me estaba esperando abajo. Los chicos, al encontrarme inconsciente, cargaron conmigo en cuanto los centinelas bajaron la reja del puente y desenjaularon los perros. Pasamos como una exhalación tras la iglesia de Southwark y nos lanzamos a las orillas del río, en busca de alguna embarcación con la que salir del atolladero.

—A ver, deja ya de lloriquear, no me seas marica. —Harry examinaba la flecha ensartada en mi mano. A la luz de una candela, me volteaba la palma a uno y otro lado mientras yo me tragaba mi dolor de huesos rotos—. Estamos de suerte, es madera ligera; podremos quebrarla sin problemas. La flecha, digo. —Aquel rictus cadavérico de Harry desató por mi cuerpo, con su regocijo, un escalofrío.

Habíamos burlado a los centinelas, una vez más. Pese a cerrarnos el puente, allí estábamos ahora, hollando la nieve de Thames Street, por la margen norte del río. Caminábamos eufóricos, como héroes de guerra. Y yo más que ninguno, puesto que llegué a temer, más que por mi mano, más incluso que por mi vida, que aquella madrugada ya no llegaría lo suficientemente temprano al muelle Billingsgate para cumplir con mis obligaciones. Pensé mucho en eso; sí, en eso, y... en el tacto áspero de las manotas de madre, y en su estampido en mi cara, y en el hormigueo de carrillos, y en el pitar de oídos, y... en aquel tufo a tripas de pescado grabado en mi piel. Por fortuna, la noche se saldaba tan solo con una mano rota y malherida (la mía) y que, con una chispa de suerte, conseguiría camuflar como si nada hubiese sucedido a ojos de madre.

—Pues pienso hacerme el amuleto de mayor postín de todo Londres —dijo Little Thomas mientras hacía oscilar, cual perrillo, el índice en las profundidades de su oído—. ¡Son los dientes de un conde! ¡Y quién sabe...! —Little Thomas se olisqueaba ahora el índice—. Me haré tres amuletos, sí, tres. Y hasta me sacaré mis buenos caudales. —Se saboreó el dedo con satisfacción.

—¡Qué majadería! —replicó Harry—. ¿Pero qué rústico palurdo se va a tragar que esos dientes son los del conde de Essex? —Y remató la pregunta lanzando un gargajo a la nieve.

—Pues algún hijo de puta mandrágora habrá... ¿O es que los rústicos palurdos tienen estos dientes tan hermosos? —Little Thomas respondía y miraba a Harry de refilón.

El siguiente gargajo de Harry se estrelló con saña en el oído de Little Thomas.

—¿Qué insinúas, raza de puta? —preguntó Harry, soltando salivazos desde su boca desdentada, y apretó los labios al tiempo que le cortaba el paso a Little Thomas.

Tommy se retiró en silencio el escupitajo de la oreja mientras fijaba la vista en el suelo.

—¿Sabéis que si le arrancáis a la mandrágora su raíz es como un bebé, y que hasta llora y todo, y que su llanto os haría perder el juicio de tal manera que acabaríais por quitaros la vida? —dijo yo—. ¿Los dos?

A la sombra de su capucha, los ojos de Harry brillaban como dos ascuas, clavadas en mí.

—¿Y tú sabías que, así las cosas, tu hermano bastardo duerme hoy a los pies del arbolito Tyburn? —me respondió Harry.

—¡Retira eso, encarroñao clorótico! ¡El padre de Phil no fue ningún asesino! —gritó con voz temblorosa Little Thomas.

—¿Qué me has llamado, perro islandés? —preguntó Harry justo antes de prender la oreja de Little Thomas y comenzar a tirar de ella hasta poner al muchacho de puntillas.

La luna hacía brillar la nieve con más fuerza, los copos comenzaron a caer aún más despacio, bailando como suspendidos, posándose en las pestañas pelirrojas de Little Thomas, rondando con curiosidad la sangre que empezaba a manar de la orejilla del pobre Tommy.

—¡Todos los católicos son a-se-si-nos! ¡¿Te enteras, mamón?! —Harry escupía sus babas y sus palabras al rostro de Little Thomas—. ¡Carne de horca!

Entonces sucedió algo extraño, todo pareció transfigurarse en uno de esos escenarios de los teatros, a la vez tan real y tan ficticio.

Y aquel gato negro cruzó la calle como una centella. Y como una centella se estrelló en los morros de Harry. Cómo fui capaz de echarle mano del rabo, con los dedos ardiendo y entumecidos, y, sobre todo, cómo tuve el valor de estrellárselo al hideputa de Harry en toda la cara es algo que nunca sabré explicar. Sucedió. Como si otra persona que no era yo hubiese manipulado mi cuerpo para transformarlo en un autómata.

Little Thomas y yo salimos corriendo sin siquiera mirarnos, mientras Harry gritaba como un loco en su lucha desesperada por sacarse aquella bola de pelos rabiosa de la cara. Con el barullo, un postigo se abrió en una segunda planta.

—¡A mí el alguacil de Londres! —gritó una mujer gorda y desgredada que, sin más ni menos, vació su orinal repleto sobre Harry y el gato—. ¡Largo de aquí, tunantes! —Y cerró el postigo de un golpe.

Sin duda, Little Thomas y yo llevábamos años aguardando este momento. Tantas veces debíamos habernos representado este motín en nuestras cabezas que los dos supimos perfectamente, y sin mediar palabra, cómo emprender la huida. Recorrimos como ratas la mierda y orines de los escurrederos por evitar que Harry pudiera seguir nuestro rastro en la nieve. Y así, con los pies ateridos y empapados, saltamos muros, atravesamos ruinas, y anduvimos todo un inexpugnable laberinto de callejuelas.

A medida que interponíamos distancia y tabiques entre Harry y nosotros, Little Thomas le iba soltando la rienda a la lengua. Me confesó que lo de apedrearle la boca al conde había sido cosa suya, reservándose la intención de recogerle los dientes. Bastó con desafiar al fanfarrón de Harry. Y es que, según había él oído, los nobles, de buen abolengo, se cambiaban los dientes por piezas de oro puro, y hasta se hablaba de cierto niño en Silesia nacido ya con su dientecillo de oro y todo. Tal era el prodigio de aquellos reinos que, allá, las madres, tan pronto alumbraban, le hurgaban la boca al bebé antes de reparar siquiera en si el niño era hembra o varón.

Por fin, jadeantes, nos detuvimos frente a la casa abandonada.

—¿Estás de broma? —dije yo—. No pienso volver a entrar en esa maldita casa.

—¿Prefieres vértelas con Harry? —respondió Little Thomas, y se sorbió un moco.

—También Harry conoce este lugar.

—Pero jamás tendría los huevos de entrar aquí. —Little Thomas jadeaba y se relamía los mocos.

—¿Para ajustarnos las cuentas? Por algo así sería más que capaz de poner sus pies en el orinal de cualquier católico.

A Little Thomas le dio un tremendo ataque de risa. Trató de hablar, pero no logró articular palabra. Acabó por apoyar sus rizos pelirrojos en el extremo de un poste y, mientras reía y daba cabezazos contra él, con una mano se sujetaba el barrigón y con la otra se aferraba a la argolla del amarradero.

—¡Cara de ganso! ¿De verdad te tragaste eso? —farfulló por fin Little Thomas; dos regueros de lágrimas resaltaban la mugre de su rostro pecoso—. Nada le hubiera gustado más al capigorrón de Harry que saquear el hogar de unos católicos acaudalados. Pero a ver..., alma de cántaro, si nunca entró ahí no fue por asco: fue por terror. Al pisaverde de Harry le da pánico coger la peste.

—¿Y a ti no?

—¿Y quién nos la va a pegar? ¿El fantasma del señor Mijnheer?

Little Thomas era un lunático; allí estaba ahora: haciendo lo imposible por colar sus inmensas posaderas entre los tablones desvencijados que, a duras penas, pretendían sellar aquella ventana.

Según contaban, la vivienda había permanecido deshabitada desde hacía ya años, tras la muerte por peste de todos sus ocupantes. Sin embargo, la sensación de que alguien nos iba a sorprender de un momento a otro era muy real. Aquella casa ejercía sobre todos nosotros una fascinación obsesiva. Y no solo porque nos permitiera hurgar, con nuestras propias manos, lujos que, hasta la noche en que Little Thomas y yo la asaltamos por vez primera, ni siquiera habían existido en nuestra imaginación;

también porque la vivienda había quedado tal y como si alguien, o algo, aún habitase en ella. Sabíamos muy bien lo que nos estábamos jugando cada vez que profanábamos aquel lugar y, sin embargo, volvíamos a entrar solo por el puro placer de volver a poner en riesgo nuestras vidas. Nadie más en todo Londres estaría tan loco como para poner un solo pie en una casa apestada. Y, precisamente, tal exclusividad representaba nuestro mayor acicate. Hasta cierto punto, nos sentíamos dueños de aquel palacio. A Little Thomas le encantaba ataviarse con gorros, capas y toda clase de extraños objetos, de cuya utilidad apenas si sabíamos algo, para representar sus bufonadas.

—¡Bla blablablablá! ¡Blablablablá blablá! —dijo Little Thomas. Fingía leer unos escritos sustraídos al cajoncito de un escritorio. Llevaba unos anteojos en las narices y se ayudaba de un candil encendido—. Reverendísimooo... ¡Vuestra señoría...! Le tomo la palabra —dijo Little Thomas, hizo una reverencia, plegó los documentos y se sonó los mocos con ellos ruidosamente.

Recuerdo que yo reí y el eco que me devolvieron las salas solitarias de la casa me sobrecogió. Entonces, Little Thomas comenzó a abrir y cerrar a toda prisa los cajones del escritorio y apiló un montón de papeles en la mesita.

—¡El diablo y su madre! ¡Qué frío hace! —Las palabras salían de la boca de Little Thomas envueltas en una espesa nube de vaho—. ¡Tengo los pies *belaos*! ¿Tú no tienes frío?

—Sí, un poco —contesté casi tiritando.

—¡Pues eso lo remedio yo ahora mismo!

Little Thomas arrojó el montón de papeles a la chimenea frente a la que yo permanecía sentado, se acomodó conmigo en el suelo y arrió la llama del candil a los escritos. Una súbita llamarada nos deslumbró y reveló el azulado de las vides que, pintadas en los azulejos, se ramificaban como hiedras por todo el interior de la chimenea. Las letras garabateadas se retorcían con los papeles en las entrañas del fuego.

—¡Ta, los buitres le roan las entrañas! ¡Es un hijo de Satanás! —dijo Little Thomas. Los dos mirábamos fijamente al fuego—. No debió decir esas cosas de tu padre.

—Bueno, me guste o no, lo cierto es que a mi padre lo colgaron en Tyburn —respondí yo mientras, dolorido, frotaba con mi izquierda el trapo que me envolvía la mano herida. Estaba húmedo y muy caliente. Acerqué la palma izquierda a la claridad del fuego: era sangre.

—Ya, ¡caramba!, pero todo el mundo sabe, desde los tiempos del rey Pepino, que la simiente de la mandrágora es la que brinca del nabo del asesino. ¡Jeje, soy un bardo! Y nada de la de un ahorcado cualesquiera. Con perdón, Phil, por la parte que a ti te toca. —Little Thomas calló de repente y me cogió la palma de la mano para acercársela a la cara—. ¡Pardiez! ¡Es sangre...? ¡Demonios, deberíamos hacer algo!

Mi amigo palpó con sus dedotes el suelo que nos separaba y acercó su mano al fuego. Apareció también cubierta de sangre.

—¿Te duele mucho? —preguntó Little Thomas. Parecía preocupado.

En ese momento, volví el rostro y miré en busca de la ventana por la que habíamos entrado. La luna clareaba desde la calle el hueco por el que nos solíamos colar. Sin decir nada, tomé el candil y muy despacio desanduve nuestros pasos. Un reguero de sangre acompañaba las pisadas polvorientas. Cuando por fin llegué al pie de la ventana, apagué el candil. Harry también había sabido leer los renglones rojos que yo mismo había ido garrapateando sobre la nieve. La capucha de Harry, gacha hasta ese instante, giró, como cabeza de lechuza, apuntando desde el cabo de la calle hacia la ventana. Me quedé paralizado, con la vana esperanza de que, al menos, no me hubiera visto. La cortina oscilaba sobre mi rostro y un viento helado parecía hacer tenaza en mi herida. Little Thomas comenzó a reír escandalosamente y a revolcarse por el suelo. Corrí hasta él.

—¡¿Te has vuelto loco?! ¡¡Está aquí!! ¡¡Harry nos ha descubierto!! ¡¡Para!! —le regañé.

Little Thomas dejó de reír y frunció el ceño, aunque una leve sonrisa aderezaba aún la hogaza de su rostro. Se retorció durante un buen rato por el suelo mientras se rebuscaba algo entre las prendas.

—¡Te cacé, raza de puta! —exclamó triunfal Little Thomas, y me acercó la pulga que sujetaba entre sus dedos hasta casi metermela por la nariz.

—¡No hagas eso! ¡Es asqueroso! —le advertí mientras se metía la pulga en la boca y la paladeaba como el mejor de los manjares.

—Y ¿qué quieres, que la deje suelta *pa* que vaya picando a *to* cristiano? —me respondió satisfecho.

Comenzó a entrar humo por la ventana. En la calle se escuchaban voces de forcejeos. Con cautela y en silencio nos fuimos aproximando hasta la ventana. El humo nos escocía en los ojos y nos aguijaba a toser. De repente, un montón de nieve comenzó a saltar desde la ventana al interior de la casa. Afuera, más voces de pendencia. Little Thomas y yo nos retiramos, por momentos, de la ventana. El humo comenzó a disiparse a medida que la nieve, en paladas, seguía entrando por la ventana. Cuando los golpes de nieve cesaron, nos asomamos para ver qué diablos estaba sucediendo allí afuera. Dos vigilantes del alguacil habían prendido a Harry, y un tercer vigilante, que portaba una antorcha no muy lejos de la ventana, se dedicaba a apagar y a diseminar por la nieve un montón de astillas humeantes.

—¡El hideputa de Harry quería abrasarnos vivos! ¡Te dije que él jamás se atrevería a poner los pies en esta casa! —susurró Little Thomas sonriente.

Aún hoy me sobresalta el recuerdo de aquellos ojos colorados que inesperadamente aparecieron al fondo de la sala, a la altura de la repisa de la chimenea. Por un momento temí que Harry hubiese logrado burlar a los hombres del alguacil y estuviese ya allí, en aquel rincón, al acecho y dispuesto a propinarnos una buena paliza. Little Thomas, presa del pánico, montó un tumulto de plumas multicolor, humo y pavesas al arrojar contra la chimenea la jaula

del extraño pajarraco que nos recibía cadáver junto a la ventana cada vez que visitábamos la casa. La rata, con sus ojos de chispa, saltó desde la repisa de la chimenea hasta el suelo y se perdió como un rayo por la sala contigua. Pese al barullo que ya había organizado, mi compinche me animaba a seguir adelante entusiasmado con el solaz recién descubierto de lanzar y destruir, como si el hecho de haber ultrajado el cadáver del pájaro guardián con total impunidad nos otorgase al fin un poder soberano sobre aquel lugar. Yo le dije entonces que no me encontraba nada bien y que ya iba siendo hora de regresar a nuestras casas. Sin saberlo, mientras sacaba el culo por la ventana, casi dispuesto a saltar a la calle, guardé en mi memoria la última imagen de la casa apestada. Little Thomas permanecía frente a la chimenea dando vueltas en derredor, como si hubiese perdido algo. Se agachaba, recogía sombras del suelo y seguía con su búsqueda.

De vuelta a casa, consciente de mi malestar, Little Thomas se empleó a fondo con sus gansadas; lo que, por cierto, casi nos cuesta un disgusto, pues al muy bribón le dio por hacer la gaviota subido a un amarradero sin percatarse de que, a pocos pies del tal amarradero, un marinero borracho dormía tirado en el barro. Tan pronto como el corpachón de Little Thomas comenzó a zozobrar sobre el poste, agitando sus brazos plegados y riendo sin parar, un bulto informe se revolvió y gruñó cerca de él, pero ya era demasiado tarde para advertirlo. Antes de que yo pudiera decir nada, el hombre gaviota comenzó a graznar estrepitosamente y el borracho, aturdido, saltó desde el suelo, estoque en ristre, dispuesto a vender cara su vida. Por fortuna, el marinero iba tan bebido que, al tercer traspié, repartiendo estocadas cayó, y allí quedó, como muerto. Nosotros corrimos y reímos, atolondrados y con el susto en el cuerpo, hasta desembocar, ya sin resuello, en la trasera de la Jack's Tavern.

Las calles permanecían silenciosas. Aquella noche se había dilatado más de lo previsto y, si no andábamos vivos, pronto nos sorprendería el canto del gallo. Little Thomas giró muy despacio, sigiloso, la llave en el portón que daba a las caballerizas de la taber-

na de su padre. El dulzón a bosta lo impregnaba todo. Durante un buen rato deambulamos en penumbras percibiendo en ocasiones el hálito cálido y el bufar de las bestias. Una portezuela nos abrió, con su chirrido, paso a los peldaños de piedra que descendían hasta la bodega. En algunas oquedades de aquella angosta escalera oscilaban las llamas de los candiles.

—Ssssh. Procura no hacer ruido, en esta bodega todo retumba y, si mi padre llegara a pensar que le han entrado los ladrones, es muy capaz de coger el mosquete y freírnos a tiros —susurró Little Thomas mientras cogía lentamente una antorcha de la pared.

Atravesamos la bodega, casi hasta el fondo, entre hileras de toneles de cerveza. Aunque Little Thomas nos había hablado tantas y tantas veces de la famosa bodega, le tenía demasiado miedo a su padre como para arriesgarse a ser sorprendido en ella bebiéndose su cerveza con los amigos. Sin embargo, aquella noche había decidido arriesgarlo todo por mí, hasta el punto de abrirme las puertas del «templo sagrado», como él solía llamarlo. Y es que, mientras caminábamos por las calles de Londres, se le había ocurrido el remiendo con que camuflar aquella mano mía herida, al menos, hasta que llegase a sanar. Hacia el final de la bodega el orden geométrico de los toneles parecía haberse ido desmoronando tal y como lo hacía el mismo techo, de cuyas bóvedas se habían ido desprendiendo algunos ladrillos para dejar paso a manojos de raíces retorcidas y cuajadas de tierra que acentuaban más aún aquel tufo a humedad. Nos abrimos paso entre el desorden de toneles y cubas viejas amontonados aquí y allá hasta topar con el redondel perfecto de un tonel en desuso. Little Thomas me pasó la antorcha, retiró la tapa del tonel, se perdió en su interior y salió con un candil apagado. Sin decir nada, me alargó el candil y yo lo encendí con la antorcha, después colgó la antorcha en la pared de la bodega y, a la luz del candil, nos colamos en el tonel y mi amigo cerró la tapa tras de sí.

—¡Anda la misa! —exclamé.

El rufián de Tommy se había dispuesto allí su cubil secreto. Sucio y desordenado, pero bien suyo y bien secreto. Hasta contaba

con un jergón de paja. El fuerte olor a cerveza, no obstante, camuflaba quizá otros efluvios bastante menos amables.

—¿Te gusta? —preguntó Little Thomas bien orgulloso.

—Mmm... Diría que es lo más parecido al camarote de un barco —respondí mientras no paraba de dar vueltas sobre mí mismo, analizando cada detalle.

Centrando el tonel, había una mesita redonda sobre la que reposaban unas cuantas velas a medio consumir. De aquellas *cuadernas* colgaban por todas partes artilugios marineros: viejas redes, fanales rotos, un remo partido, maromas, rezones, gallardetes desflecados y hasta la baqueta de un cañón.

—Y más que te va a gustar, ya verás, ya... —murmuró Little Thomas de espaldas a mí. En cucullas, ante un arcón que, al fondo del tonel, parecía designar la cabecera del jergón, mi amigo rebuscaba con impaciencia—. ¡Ajajaaa! ¡Aquí está! —Con ambas manos, elevó su hallazgo ante mis ojos como si se tratase de una reliquia—. ¡Esta joyita, mi querido Phil, perteneció a un auténtico pirata! ¡Oh, sí, ya lo creo, amigo!

Depositó la pipa en la mesa, se giró hacia el arcón, aún abierto, y continuó revolviendo. Por unos instantes, a la luz de las velas, pude examinar con perplejidad aquel ingenio. Había visto muchas veces en el puerto a los navegantes chupar con orgullo de aquellas largas varas humeantes, pero jamás imaginé que llegaría a tener una de ellas tan cerca de mí como para tocarla.

—¿Has visto alguna vez a uno de esos negros, eh, Phil, lo has visto? Quiero decir de cerca, claro. ¿Lo has hecho, Phil, lo has hecho? —Little Thomas solía repetir las mismas frases una y otra vez cuando se encontraba verdaderamente excitado.

—¡Pues claro que los he visto! ¿Por qué clase de patán me has tomado? Basta con acercarse al puerto a husmear cualquier embarcación con gallardete holandés.

—No me refiero a eso, no, no. No me refiero a eso. Quiero decir si los has visto tan de cerca como para olerlos, como para tocarlos.

—Si tu siguiente pregunta va a ser si los he chupado, puedes ahorrártela. Te cedo ese honor...

—¡Jajaja! Pero y tú... ¿por qué clase de cochinillo de san Bartolomé me has tomado? ¡Qué asco! —Little Thomas cerró por fin el arcón.

Sobre la mesa: velas encendidas, la pipa, una bolsa y una botella.

—¿Es agua? —pregunté con curiosidad, y señalé la botella.

Mi anfitrión sacó entonces de debajo de la mesa un par de taburetes y me invitó a sentarme.

—Agua dice... Algo así. *Aqua vitae*, amigo mío. Remedio de todo mal. —Little Thomas aflojó los cordones de la bolsa, introdujo sus dedos en ella y extrajo una especie de hojarasca seca y menuda, muy aromática; la depositó y apelmazó en la cazoleta de la pipa con el pulgar.

—¡Sóplate esa! ¿Es aguardiente de verdad?

—¡No, de mentira! Lo que te decía, Phil: no has visto a uno de esos negros del África de cerca, ¿verdad?, ¿verdad? Pues yo sí, yo sí: la semana pasada. Un rufián holandés paró por la taberna con uno de esos. Lo llevaba del cuello, de una soga, como a las bestias, y con los *bilbaos* puestos y todo. Claro que yo enseguida me di cuenta de que no era más que un bribón que se traía al negrito por baladronear. Lo que no quita para reconocerle a ese bergante que tenía mundo. Si no mentía, llevaba ya años en el comercio de esclavos y había visto mucho. —Mi amigo me puso entonces la boquilla de la pipa entre los labios—. Tú: cuando yo te diga, chupa *pa* dentro, como si sorbieses agua con la boca. —Little Thomas arrimó una de las velas encendidas a la cazoleta de la pipa—. ¡Ahora! ¡Chupa! ¡Fuerte!

Pegué una calada tan fuerte a la pipa que, por más que intenté aguantar el tipo, estuve tosiendo un buen rato y hasta se me cambió la voz. Mi amigo se retorció de risa por el suelo.

—¡Joder, cómo rasca! —dije con la voz aún rara.

—Toma, anda, bebe un poco de esto. Te sentará bien.

Y, de nuevo, erré en el trago. Pensando en cerveza floja pegué tal trago que me atraganté de inmediato. Little Thomas casi se ahoga también, pero de la risa.

—A ver, mi querido amigo: que esto es tan puro como el contacto de la hostia bendita. No se puede engullir tal que un mendrugo. Guisa cortesana, amigo mío, guisa cortesana. Pequeños sorbitos, a lo *monsieur Basimecu*. Y, así, es como asienta. —Little Thomas, como demostración, tomó la pipa, cogió humo, lo retuvo, pegó un sorbito de la botella y después soltó el humo por la nariz—. ¿Ves? Pero espera... Aquí falta algo. ¡Algo muy importante, chaval! —Y entonces, Tommy, con suma delicadeza, deslizó los dedos por el bolsillo del jubón y extrajo un ramillete de plumas de colores.

—¿Qué haces? —pregunté—. Son las del pájaro guardián, ¿verdad?

—Ssssh... Yo sé muy bien lo que me pesco. Una verdadera pipa de Indias no es una verdadera pipa de Indias si no le cuelgan unas cuantas plumas de colores. A los salvajes les encantan. Las plumas, digo. Dicen que se las guindan ¡hasta de las orejas!

Durante un buen rato, pipa y plumas, risas y botella fueron cambiando de manos alternativamente. Y, poco a poco, el ambiente se fue nublando, dentro y fuera de nuestras cabezas. Little Thomas, con los pies sobre la mesa y el culo en el tajo, había logrado amoldar sus espaldas a las curvaturas del tonel y, tras unas cuantas volutas de humo, retomó el hilo de su discurso.

—Lo que yo te venía contando... Es que ya ves: aquí a los negritos los vemos de lejos, los vemos de lejos, ¿verdad, Phil, verdad? Pasan, como avecillas, pero pocos se quedan. Y ¿por qué, Phil? ¿Por qué, Phil? ¿Por qué, por qué? Yo te lo digo, Phil: porque en este país somos unos don Nadies. Unos don Nadies, Phil, ¡sí, señor!, unos don-Na-dies.

—Unos don Nadies, sí...

—El holandés del negro me contó... que en las Indias de los españoles ¡hasta los negros van enjoyados, joder!

—¡Enjoyados, joo—derr!

—¿Y aquí, Phil? Ni un triste diente de oro tenía el conde de Essex. ¡Ni uno, Phil, ni uno! ¿Y quién tiene aquí los ángeles que cuesta un negro, quién, Phil, quién? ¡Ni uno, Phil! ¡Ni uno! Óyeme, Phil: ¿tú estás bien? Te me estás poniendo blanco.

—Na, es el humo ese, que marea un poco.

—Trae, anda, trae, trae, deja ya la pipa. Como te decía... Tu padre era un buen hombre, Phil, un buen hombre y ¡un tipo listo, joder!

—¿Qué dices ahora de mi padre, Tommy? No entiendo. ¿Qué has dicho...? ¿Que el negro se está poniendo blanco? ¿Y no sé qué... de mi padre? Yo no entiendo nada.

—A ver, a ver, escúchame bien, y deja ya la botella, que te va a hacer daño, ¡caramba! Lo que digo es que tenía razón tu padre: ¿pero qué es eso de que, porque un rey lo diga, el jefe de los cristianos ya no sea el papa?

—Aaaah... ¿Y eso dijo... mi pa-dre?

—A su manera, Phil, a su manera. Lo dijo, Phil, lo dijo. Pero ojo, que razón no le faltaba. Mira, Phil, yo te digo una cosa: más pronto o más tarde el rey de España conquistará Inglaterra. Ya lo intentó una vez. ¿Crees que ese se va a rendir sin más? Está muy claro que esta guerra no la vamos a ganar los ingleses. El Católico tiene mucho poder, amigo mío, demasiado poder como para rendirse tan fácilmente. Y, mira, ya está tardando, porque va a ser la única manera de que, de una vez por todas, los ingleses saquemos la cabeza de esta puta isla. ¿Pero qué estás mirando? ¡Ah, sííí! Pues ya se me había olvidado.

Yo hacía ya un buen rato que tenía serias dificultades para seguirle el hilo a Little Thomas. Trataba de fijar mi atención en él, pero la cabeza me daba vueltas y mis ojos iban de acá para allá, tratando de encontrar algún punto de anclaje entre la colección de trastos que pendían del tonel. Hasta que por fin me detuve en un objeto. Mi amigo, tambaleándose, se levantó del taburete y lo alcanzó para depositarlo sobre la mesa.

—¡Qué vivo, amigo mío, qué vivo! ¡Este es el garfio del que te hablé! Perteneció al mismo pirata que se olvidó la pipa en la taberna. Mi padre le propinó una buena tunda al andrajo por intentar largarse sin pagar. Y en la pendencia, entre otras cosas, perdió esto. Yo lo encontré y me lo guardé. ¿Qué te parece? ¡Se me ocurre

una idea! ¡Vamos a fumar con el garfio! ¡Tal y como lo haría un auténtico pirata!

—¡Little Thomas, si sigo fumando creo que voy a volar!

—¡Claro, Phil, claro, estamos en un pomito! Un pomito de cristal que va flotando por el mar.

Reímos, fumamos y bebimos. Rodamos por el suelo del tonel. Y lo último que recuerdo es que seguimos hablando de cómo mi padre solía llevarme desde bien chiquito a la Jack's Tavern, donde yo acababa probando la cerveza y bailando con Little Thomas sobre alguna mesa mientras que un coro de marineros borrachos se desgañitaba cantando: «¡Jack, *boy*! ¡ho, *boy*!».

Aquella mañana falté a mi cita con el muelle Billingsgate. Aunque tarde, hice lo que pude por cumplir con mis deberes filiales. Lo más que logré fue desalbardar, desde el tonel hasta la calle, toda una estela de vómitos para acabar por desplomarme, aferrado a mi garfio, sobre el barro.